

# REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

AMERICA CENTRAL

Año XII — Domingo 27 de Setiembre de 1942 — No. 527

HCR  
056  
R454-rc



VIRGINIA GALLEGOS TROYO

Cuyo fallecimiento acaecido el  
14 de Setiembre, ha sido pro-  
fundamente sentido por toda  
nuestra sociedad



# SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

**TIENDA DE DON NARCISO**

## GMO. NIEHAUS & C°

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"  
" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"  
" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"  
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.  
ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 — Teléfono 2131



## JUEVES SACERDOTAL

El jueves 1º de Octubre es primer jueves de mes; no olvide asistir a la Misa que se oficiará en la Capilla del Seminario a las 6.30, ofrecida a Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, por la santificación del Clero y pidiéndole nos conceda muchas vocaciones sacerdotales y religiosas.

Hay concedidas muchas indulgencias asistiendo a esta Misa.

¿Es Ud. Cura? ¿Tiene Ud. establecida esta Misa en su parroquia? ¿No? Pues establézcala y muy pronto sentirá las bendiciones del buen Jesús. Sus feligreses se harán más fervientes y lo ayudarán con mayor gusto en todo lo que usted les proponga hacer para el bien de todos.

La Acción Católica progresará milagrosamente en su parroquia; usted mismo se maravillará de los resultados.

## Betina de Holst Hijos

Constantemente tiene un gran surtido de lanas en inmensa variedad de clases y colores. Gran variedad de labores de mano y sus materiales. Gran variedad de manteles bordados y estampados en colores.

Cintas de Gró, Raso y Tafetán, en todos colores y anchos.

056  
R.45420  
C.R.

**DIRECTORA:**  
SARA CASAL Vda. DE QUIROS  
Apartado 1239  
Teléfono 3707  
OFICINA - mi casa de  
habitación  
BARRIO: La California  
Av. 1ª Calles 27-29

# REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica  
Concedida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción semanal

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., 27 de Setiembre de 1942

No. 527

## Virginia Gallegos Troyo

Voló al cielo Virginia... la Santísima Virgen la quería en su trono. Era tan dulce, tan angelicalmente buena... cuando se la veía sonreír con aquella su sonrisa tan encantadora y cuando sus ojos celestes y purísimos nos miraban, nos impresionaba y pensábamos: esta niña no es para este mundo.

Era única, su dulzura, su bondad, su inteligencia y sus gracias formaban un conjunto que era el encanto de todos los que tuvimos la dicha de conocer a esta dulce niña.

Delicadísima en su manera de ser, culta, simpática y graciosa, vivió para hacer felices a sus queridos padres y hermanito, sus abuelitas la mimaban y era su única ilusión.

Había algo superior en el alma de esta niña que la hacía tan atractiva, se le admiraba y quería al mismo tiempo; así debió ser Santa Teresita del Niño Jesús... queriendo a todos los que la rodeaban y haciéndose amar de ellos.

Virginia vivió feliz en la tierra... el dolor no hirió su tierno corazón... era feliz haciendo felices a los demás... cuando recitaba imprimía en las poesías todo el sentimiento de su corazoncito, y aquellas níveas manecitas hablaban, pues con ellas también expresaba todo lo que su corazón sentía; no se cansaba una de oír la recitar, era como una música angelical que se oía.

Su muerte fué como su vida, dulce y

sonriente, cuando levantaba los ojos hacia el cielo parecía que viera el paraíso prometido a los que son puros y aman a Dios... y en sus ojos se reflejaba la visión beatífica y los goces celestiales de que gozan ya en este mundo los que son buenos.

Amaba las rosas, pero blancas porque eran el reflejo de su alma pura y pidió una hermosa rosa que colocaron sobre sus blancas manecitas que estrechaban sobre su pecho una, el crucifijo y la otra manecita la medalla de la Virgen Milagrosa... así mueren las niñas puras como los ángeles...

Su adiós para sus queridísimos padres fué tierno, los acariciaba con amor, como queriéndoles dejar impreso todo el amor que les profesaba y al mismo tiempo quería dejarles con sus caricias la dulce esperanza de que no los dejaría para siempre, que en el cielo sabría también subyugar a la Santísima Virgen y al Corazón de Jesús y obtendría de esos misericordiosos corazones mucho consuelo y mucha resignación para que soportaran su ausencia material porque su espíritu estaría siempre con ellos...

Una niña de catorce años... tan sublime..., comprendiendo que volaba hacia Dios, decía: no me toquen... estoy en los momentos supremos... ¿habrá algo más bello que desear para los últimos momentos de la vida? y expirar con una dulce sonrisa

como si viera un coro de Angeles que llegaban por ella. .... ¡qué bella es la muerte de los niños, de los niños santos!... Dichosos padres que supieron guardar así el precioso tesoro que Dios les confiara... y ahora está en el cielo, adorando a Dios por ellos y bendiciéndolos porque no la dejaron mancharse en el fango de la tierra.

Para los dolores grandes de la vida no hay consuelo, ¿qué podríamos decirles a

Virginia y a Daniel en estos momentos de dolor que pudiera consolarlos?... las frases de consuelo resultan ironías.... sólo Dios y la Santísima Virgen pueden enviarles mucha resignación y consolarlos... esto es lo que les pedimos de todo corazón.

A Virginia le suplicamos desde este valle de lágrimas que no nos olvide ya que la quisimos tanto y que pida para nosotros una muerte tan santa como la de ella.



## Per Crucem ad Lucem

Pensamientos de Elizabeth Lesseur.

En los postreros momentos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, cuando traspasados sus manos y sus pies, derramada ya toda su sangre bendita sobre el humano suelo para vivificación, Jesús vivía las últimas horas de su vida anegado en el humano sufrimiento hasta un extremo inconcebible. el Evangelio nos dice que la tierra está cubierta de tinieblas...

¡Señor, también en nuestra vida y para nuestra alma existen horas cubiertas de tinieblas; horas dolorosas en las que el velo que envuelve nuestro corazón le oculta hasta la vista de las cosas que pudieran aliviarle; horas en las que sufrimos, sin que nada en la tierra pueda consolarnos!

¡Dichosos aquellos que, en semejantes horas y en medio de las tinieblas exteriores, pueden, al menos, contemplarte, ¡oh Jesucristo; Dios Vivo y Unico! ¡Dichosos aquellos que pueden estrechar entre sus agobiados brazos los pies de la Cruz, apoyar su fatigada frente sobre tus traspasadas manos, y descansar su corazón destrozado por el dolor, sobre este corazón que tanto ha sufrido y que tan bien sabe compadecer y amar!

Creo que si Dios ha hecho al hombre el sufrimiento, ha sido por un efecto de su amor y su misericordia.

Creo que Jesucristo ha transformado, santificado y casi divinizado el sufrimiento.

Creo que el sufrimiento es para el al-

ma el grande obrero de redención y de santificación.

Creo que el sufrimiento es fecundo, tanto y a veces más que nuestras palabras y nuestras obras, y que las horas de la Pasión de Jesucristo, fueron más para nosotros y más grandes y sublimes ante el Padre Eterno, que los mismos años de su predicación y de su terrenal actividad.

Creo que las almas que están aún en la tierra, las que expían en el Purgatorio y las que han alcanzado ya la verdadera vida, están unidas por los sufrimientos, los méritos y el amor de estas mismas almas, y que nuestros más insignificantes dolores, nuestros más ligeros esfuerzos, pueden, con la gracia divina, alcanzar a otras almas queridas, próximas o lejanas, aportándoles efluvios de luz, de paz y de santidad.

Creo que en la eternidad hallaremos de nuevo a los seres queridos que han amado y llevado la Cruz, y que sus sufrimientos y los nuestros se confundirán en lo infinito del divino Amor y en los goces de la definitiva reunión.

Creo que Dios es amor, y que, en su mano, el sufrimiento es el medio de que se vale su amor para transformarnos, salvarnos y soportado con humildad, santificarnos.

Creo, en la Comunión de los Santos, en la resurrección de la carne, en la vida eterna.

## Monseñor Caro, habla a los padres católicos

*El Excmo. y Rvdmo. Arzobispo de Santiago, Monseñor José María Caro, quien se ha dirigido a los padres de familia cristianos en una Carta Pastoral, sobre los graves deberes que ellos tienen que cumplir.*

*Por carencia de espacio, nos vemos obligados a publicar sólo una parte de este interesante documento, síntesis que se refiere a la enseñanza cristiana de los hijos.*

“El ideal sería que los niños aprendieran de sus padres los rezos y elemento de la religión y que con ellos asistieran al Santo Sacrificio de la Misa los Domingos y días festivos. Nada les grabaría tanto la doctrina y la vida cristiana, como el aprenderlas de los labios y ejemplos de sus padres, como solía suceder y todavía sucede en el seno de familias sinceramente cristianas.

Pero, como hay, por desgracia, tantos padres de familia que, más por falta de voluntad y de conocimiento de la misma doctrina que de tiempo, no la enseñan a sus hi-

jos, es necesario que lo suplan enviándolos al catequismo parroquial, donde se daría al menos en parte lo que los niños no consiguen en su casa. Y ahora no podemos menos de lamentar y reprobar el deplorable descuido que en esta materia tienen tantos padres y madres de familia, como lo manifiesta por una parte, la tristísima ignorancia con que se presentan tantos a recibir los Santos Sacramentos, aún el de la Confirmación y el del Matrimonio, que exigen ese conocimiento de la religión, y por otra parte, los cines llenos de niños de todas las clases sociales y los catequismos frecuentados sólo por un pequeño número”.

“Cuanta sea la importancia que da la santa Iglesia a la instrucción catequística y a su obligatoriedad, lo muestra en el siguiente canon:

*“No sólo los padres y demás que hacen*

# Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

## SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

# Banco de Costa Rica

*sus veces, sino también los patrones y padrinos, tienen obligación de procurar que todos los que les están sujetos o encomendados reciban instrucción catequística.* (Can. 1335)

Es necesario enviar el niño al colegio para que en él reciba la instrucción que no puede recibir en el hogar, según las exigencias actuales. ¿Cuál será el criterio que guiará a los padres cristianos en la elección del colegio, para cumplir fielmente su misión educadora? Nuestro Señor nos da norma clara para conducirnos en todos los actos de nuestra vida: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia". Mat. VI, 33), ésta es la regla divina, suprema cuya aplicación ha hecho la Santa Iglesia en los siguientes cánones: Can. 1113; "*Los padres tienen obligación gravísima de procurar según sus fuerzas la educación de la prole, tanto religiosa y moral, como física y civil, y de proveer al bien temporal de sus hijos*"; Can. 1374: "Los niños católicos no frecuenten las escuelas acatólicas, neutras, mixtas, es decir, que están abiertas también para los acatólicos.

Esa educación cristiana sólo puede encontrarse en los colegios católicos, en donde maestros, alumnos y todo el ambiente es católico. Los padres de familia que ante todo buscan para sus hijos el aprendizaje de un idioma, la pericia en ciertos deportes saludables el vigor del cuerpo, cosas jamás por cierto, despreciables, la habilidad en alguna profesión o arte para ganarse la vida, cosa también muy útil y necesaria; pero que o descuidan del todo, o le dan una importancia secundaria a la enseñanza y a la práctica de la vida cristiana, no satisfacen la obligación gravísima del canon antes citado, trastornan el orden señalado por el Maestro Divino y *preparan para sus hijos una situación peligrosa para su destino eterno y muchas veces también para su felicidad temporal.* ¿Son acaso raros los escándalos o la vida nada cristiana de los que han recibido esa cultura tal vez esmerada

en el sentido deseado, pero desequilibrada, divorciada del programa divino?

No se ha de pensar que el niño, por inocente y bien inclinado que parezca, está inmunizado contra las perniciosas influencias *de maestros sin fe o de fe contraria a la católica, a la vez que de conciencia poco delicada.* o de compañeros ya contagiados con la incredulidad, la indiferencia o algún vicio. ¿Cuántas personas espléndidamente dotadas por la naturaleza que habrían podido ser cristianos ejemplares y grandes apoyos de la fe de sus mayores, llegan a las puertas de la eternidad tristemente escépticos, adormecidos con los honores que les rinde el mundo y con la convicción engañosa de haber cumplido todos sus deberes en la vida y de no haber hecho mal a nadie, *siendo que está a la vista que no han cumplido con el primero y mayor de todos los mandamientos, base y fuerza para cumplir los demás y que, con su ejemplo, si no también con sus palabras, han inducido a otros a hacer lo mismo!* Y eso porque no tuvieron el colegio y el ambiente de la fe que les habrían hecho aprovechar sus dotes naturales.

Pero, ¿cuántos otros hay, naufragos tempranos de toda moral y desgraciados del todo, porque recibieron una instrucción manca, en que faltaba el lastre principal de la educación cristiana, para afrontar las tormentas de la vida!

Y ¿dónde perdieron la fe cristiana tantos y tantos hijos de familias católicas, bautizados y aún iniciados en la vida cristiana convertidos hoy en enemigos de Cristo y de su Iglesia? Los maestros y compañeros que tuvieron y los libros que leyeron darían satisfactoria respuesta a esta penosa interrogación.

Cumplimos, pues, nuestro gravísimo deber recordando y urgiendo a los padres de familia que cumplan también el suyo, seguros de que, con sus hijos cosecharán en la vida terrenal y en la eterna los frutos de su solicitud, o de sus descuidos en la educación de ellos".

**Intensifique la Buena Prensa, consiguiéndonos nuevos suscritores**

## Para que reparemos dignamente las ofensas inferidas al Sagrado Corazón en la Eucaristía

### Muchas ofensas

Muchos son los pecados con que los hombres ofenden al Sagrado Corazón de Jesús en la Eucaristía, que es el Sacramento de su amor, Sacramento en el cual está El todo entero en toda la hostia y en cualquiera parte de la hostia real y verdaderamente. Sacramento tan admirable que siendo Dios infinitamente rico, agotó en El todas sus riquezas, siendo infinitamente sabio, no supo dar cosa más preciosa y siendo infinitamente poderoso no pudo ofrecer a los hombres cosa más grande.

### Los incrédulos

Tienen el primer lugar entre los que ofenden y ultrajan al Corazón de Jesús en la Eucaristía, los incrédulos con sus sacrilegios infieren al Divino Corazón tremendas injurias. Haciendo ellos eco a los judíos del tiempo de Jesús, exclaman como ellos: **Quomodo potest nobis carnem suam dare ad manducandum**, y discuten entre sí sobre la posibilidad de un misterio anunciado con mucha preparación anterior, propuesto de diversas maneras a la consideración de sus oyentes mucho antes que se realizara, y, realizado plenamente, venido el tiempo prefijado por Cristo de una manera tan clara que no deja lugar a duda ninguna. Cegados por sus prejuicios y mala fe, hablan, escriben, declaman, en contra del Sacramento de amor. Esto le parece poco para su pervertido corazón: por sí o por medio de otros sus instrumentos, entran furtivamente en las Iglesias, roban los copones en que están las hostias consagradas, las vuelcan por el suelo, las echan en lugares indecentes, las dan a los animales inmundos, las apuñalan, las injurian de mil sacrílegas maneras. Y no es que no crean en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, que si así fuese, no descargarían su diabólica rabia en contra de ella, sino que midiendo su menudado entendimiento y poder con el de

Dios, como ellos son incapaces de cualquier obra, creen que es lo mismo Dios contra el cual descargan su furia por no poder hacer otra cosa peor para anular su acción divina.

### Los cristianos

Pero desgraciadamente hay católicos que no van en zaga a los perseguidores de Cristo en las injurias que le infieren al Sagrado Corazón de Jesús en la Sagrada Eucaristía. El crimen de Judas, no ha sido el único; se repite por desgracia en todas las partes del mundo. Y ¿qué otra cosa sino el beso traidor de Judas son esas comuniones sacrílegas tan repetidas en el mundo católico? Si el beso del discípulo traidor fué una espada que atravesó el Corazón de Cristo, estas comuniones son agudas espadas que lo pasan de parte a parte y lo hacen derramar sangre.

Si de las comuniones sacrílegas pasamos a las irreverencias que se cometen en las Iglesias, encontraremos abundantísima materia para nuestros fervorosos actos de desagravios al Corazón de Jesús. La procacidad de las mujeres es en esto inaudita. Dejando a un lado todo pudor y vergüenza, se presentan en ellas con un vestido que no sabríamos si es para cabaret, para baile, para cine: sólo diremos que para todo puede servir, menos para presentarse en la Iglesia. Las irreverencias que en la casa de Dios se estilan, no son para describirse: unos la usan para dormitorio, otros para pasar en ella la picazón y barrachera, éstos para extender manos y brazos en forma que carece de educación, aquellas para intercambiar con otros sus ideas, dando lugar a conversaciones ajenas enteramente no sólo del lugar santo sino de cualquier lugar al que se tenga algún respeto; unos, quien lo dijera? hasta para cometer nefandos pecados de obra muchas veces y con frecuencia de pensamiento y de palabra, por lo menos, y de deseos. Si Cristo entrara en

ellos ahora como entrara durante su mortal carrera, pocos se librarían de los tremendos golpes que sobre ellos con su látigo descargaría.

El parque, la calle, el billar, la pulpería, no se diferencian para muchos, de una Iglesia, que debiera ser casa de oración, por ser casa de Dios, casa de recogimiento, casa de silencio, casa de santidad para todos.

Fuera de la Iglesia, no son menores las irreverencias e injurias con las que los hombres provocan los castigos de su Divina Majestad. Tampoco en este punto podemos citar la enorme indiferencia, la ingratitud y negligencia de los católicos para con Jesús en la Eucaristía. Para convencerles de todo esto habríamos de asistir a una procesión en que se lleva el Santísimo Sacramento. ¡Qué de desacatos no se cometen, qué faltas tan graves de respeto! Sombrero calado en la cabeza, cigarro en los labios, sonrisa sarcástica y socarrona para los que van en la procesión, palabras de doble sentido o conversación enteramente fuera de orden, desprecio de las cosas sagradas, he ahí lo que se observa en muchos, mientras muchos por el contrario edifican por su modesto porte y recogimiento. Explosión de fe son las procesiones Eucarísticas de los Congresos y los ángeles nos envidiarían desde el cielo, si todos cuantos las contemplamos guardásemos para el Corazón de Jesús el amor, el fervor, el respeto que se merece.

### Desagravios.

En vista de esto, claro se ve que los amantes del Corazón de Jesús han de llevar a cabo actos de desagravio por tantas ofensas como recibe de los hombres en la Eucaristía. Pero para que estos desagravios o reparaciones sean dignos, conviene que tengamos presente, como nos dice el Papa Pío XI en su Encíclica *Divinissimus Redemptor*, que toda la virtud de la expiación depende del sacrificio exento que incesantemente se verifica en nuestros altares de una manera incruenta, por ser una misma la víctima que se ofreció en el Calvario y se ofrece hoy en nuestros altares, uno mis-

mo el sacerdote que entonces se ofreció y se ofrece hoy, pero de una manera distinta; siguiéndose de aquí que se debe juntar con este augustísimo sacrificio eucarístico la inmolación de los ministros y de los otros fieles para que se ofrezcan ellos también

(Pasa a la Página 1330).

## Censura de Películas

Por el Tribunal de Censura Cinematográfica  
de Acción Católica

*Clase A.—1ª Sección.—BUENAS.*

El chico de Arizona; Días trágicos; Los hijos de nadie.

*Clase A.—2ª Sección.—PARA PERSONAS DE CRITERIO BIEN FORMADO.*

Cándida millonaria; Casi un ángel; Los celos de Cándida; El Conde de Montecristo; Contigo me he de casar; Las cruzadas; Cuando muere el día; Dos locos tras un fantasma; Los dos pilletes; La gallina chueca; Hitler, la bestia de Berlín; Juana de París; Legión de los aviadores perdidos; Madreselva; Marianela; Mi esposa se divierte; Mis dos amores; Motín en el Ártico; El niño que nunca creció; No estamos casados; El reloj sin manos; El renegado; Secretos de una secretaria; El soldado de chocolate; Un tío improvisado; Trabajo redentor; El tren correo; Tres marineros bizcos; Tundra; Yo conocí a esa mujer.

*Clase B.—ESCABROSAS.*

Aquella noche en Río; Bar del Sur; Cuando canta el corazón; El festival de Cantinflas; El gendarme desconocido; El inglés de los güesos; Mi hermano Barrabás; Sin tacto matrimonial; Unidos por el eje.

*Clase C.—CONDENADAS*

Cinco minutos de amor.

**TEATRO:** Para personas mayores: Madre guapa; Morena Clara; No basta ser madre.

Los ojos son las ventanas del alma. No permita que den entrada a la inmoralidad ni a la bajeza. Piense que tiene mayores consecuencias la suciedad moral que la material. Padres, vigilad los espectáculos que presencian vuestros hijos.

## NOVELA

El auto continuó deslizándose, mas no tan silenciosamente que no atrajera a las puertas a todo el vecindario de la aldea. Al fin, se detuvo ante la policroma fachada de la casa que indicara el carabinero. Estaba la puerta cerrada, pero tras del visillo recogido de una de las ventanas se adivinaba la silueta de una señora de edad inclinada sobre una labor de aguja.

Adelaida Fajardo salió ágilmente del coche sin apoyarse apenas en la mano que le tendía su compañero y llamó con un breve repiqueo utilizando el aldaboncillo oxidado de la puerta. Al momento ésta se abrió apareciendo en el umbral la señora que un momento antes cosía junto a la ventana; en la mano el dedal, al cuello una madejita de algodón de embastar, enlutada, sencilla casi monjil, pero muy hecha sin duda al trato social, ya que no pareció alterarse lo más mínimo a la vista de sus visitantes, ni del coche, ni aún del abrigo de pieles del conductor.

Lledó se descubrió por un respeto y una cortesía instintivos, aunque además su experto ojo de hombre de leyes habituado a conocer gentes, había descubierto que la mujer que ante él afirmaba con ademán sereno sus lentes de concha sobre el caballete de una fina nariz, mientras les examinaba sin asombro, ni curiosidad, era una señora. Pero después de este saludo y de una correcta inclinación dejó que Adelaida llevase la dirección de la aventura. Y sonriendo graciosamente, la Marquesa habló:

—Buenas tardes, señora; nos han dicho que la maestra de La Aparecida a quien tenemos interés de ver para cierto asunto, vive en esta casa. ¿Es usted tal vez?

—No, señora; la maestra de La Aparecida es mi hija—contestó la señora con una voz suave y educada y una discreta sonrisa que impresionaron gratamente a Adelaida Fajardo,—pero en este momento está en la escuela.

—¿Muy lejos de aquí?—insinuó la Marquesa.

—A pie, como un cuarto de hora, pero en

un auto como el de ustedes quizá medio minuto —replicó sin dejar de sonreír la señora.— Ahora que si no es muy urgente su visita, si no tienen ustedes mucha prisa... podían esperarla en casa. Sería mejor que hablar con ella entre tanto tropel de criaturas que chillan como cotorras en cuanto la maestra se distrae un momento... Dentro de veinte minutos mi hija estará aquí.

El abogado y su compañera no dudaron un punto, después de consultarse con una rápida mirada.

—Si es usted tan amable... En efecto, sería preferible hablar con ella en sitio reservado—dijo Lledó.

Si la madre de la maestra sintió o no espoleada su curiosidad con los preliminares de tan extraña visita, supo disimularlo muy bien envolviéndose en una actitud de completa indiferencia, y con suma discreción introdujo a sus visitantes en un comedor modestísimo y limpio que era la habitación en cuya vidriera cosía ella un momento antes. Los ojos agudos y rapaces de Adelaida Fajardo escudriñaron en un segundo hasta el último pormenor de la estancia; la sencilla lámpara con pantalla de seda verde pálido, las acuarelas delicadas de una tonalidad y un realismo agradables prendidas a la pared con clavos niquelados, sin marco ni cristal, probablemente pintadas por la propia maestra, el viejo aparador con los restos de la vajilla familiar, todo daba idea, no de la miseria, sino de una escasez difícil llevada, sin embargo, con certera dignidad. Todo esto adivinó Adelaida Fajardo en el breve tiempo que dejó vagar sus ojos por la habitación.

—¿Tiene usted muchos hijos, señora?—preguntó amablemente volviéndose hacia la dueña de la casa que con todo reposo había tomado asiento frente a sus dos interlocutores.

—De diez que he tenido me quedan dos: la maestra y un chico de doce años—contestó con la misma soltura y llaneza que empleara desde el principio.

—¿Lo tiene usted aquí también?

Se nubló imperceptiblemente el fondo claro de los ojos de la madre.

—¿Dónde quiere usted que lo tenga? Esa es precisamente una de mis pesadillas. Todos en este mundo llevamos una cruz y la mía es el pensar en el porvenir de Eduardo.

—¿Está enfermo acaso?

—No está enfermo, señora, a Dios gracias; pero es una criatura extraordinariamente inteligente, ¿comprende usted? Un chico que tiene admirables condiciones para el estudio y que descollaría sin duda en cualquier carrera a que se dedicase. Y esa es mi pena; pensar lo que hubiese podido ser ese muchacho si la muerte de su pobre padre no nos hubiera traído la ruina, y ver lo que de cierto será... Un trabajador, un obrero más entre los muchos que se ganan la vida como pueden en la Central Eléctrica de Torrenteras...

—Es muy de lamentar—dijo la Marquesa.

Y al mismo tiempo sonrió pensando en lo próximo que estaba el momento en que la madre iba a sentirse aligerada de esta cruz.

—No es que a mí me parezca humillante que el chico sea un obrero; yo creo firmemente que todo trabajo, sea cual fuese, es digno y honrado, pero me duele que una criatura de semejantes prendas no pueda dar mayores frutos por falta de medios. Uno de los ingenieros de la fábrica le da ahora clase todas las noches cuando deja el trabajo y está tan contento de sus progresos que ya me lo ha dicho dos o tres veces: "Es una lástima, doña Carmen, que usted no pueda hacer un sacrificio en favor del chico".

—Y en realidad, ¿no puede usted hacerlo?—preguntó mesuradamente el abogado.

—¿Y usted se imagina que no he hecho y deshecho números cuatrocientos veces durante las noches que me paso de claro en claro, que no son pocas? —sonrió tristemente doña Carmen.—No se pueden hacer milagros coventicinco duros mensuales que gana mi hijo y los diez o doce que saca de algunos trabajos de bordados a máquina que hace en horas extraordinarias. Lo necesitamos todo para vivir. El chico aún no me gana nada; está de meritorio. Y lo que hay que pedirle a Dios es

que cualquier día no cambie el ayuntamiento de Torrenteras y le quiten a mi hija esta plaza de maestra municipal que hemos conseguido por medio de un amigo influyente...

—Siempre le quedaría su título—insinuó Lledó.

—Sí; podría desempeñar interinidades mientras se preparaba a unas oposiciones de las que no sacaría nada seguramente — declaró con amarga ironía la señora.

—¿Cómo es eso? Una chica que debe ser muy inteligente, si hemos de creer que no miente aquel refrán de "A tal palo tal astilla", y que, además, debe tener mucha voluntad cuando ha hecho lo que ha hecho... ¿eh, Lledó?; una muchacha que no busca la solución de su porvenir en el matrimonio sino en el trabajo... —dijo Adelaida Fajardo, vivamente.

—Todo eso es muy cierto, como también lo es que mi hija es una muchacha muy valiente, constante y estudiosa... Pero las plazas están ocupadas por las influencias. Es una tristísima verdad.

Adelaida Fajardo fué, en un impulso de su corazón tan bueno, a ofrecer todas sus indiscutibles influencias; las influencias de que, una mujer de su nacimiento y de su condición social, dispone en todos los órdenes, pero casi al mismo tiempo la detuvo el súbito pensamiento de que la maestra de La Apartecida ya no iba a necesitar para lo sucesivo de semejante clase de influencias. Acaso necesitase otras para llegar hasta un corazón hostil: el de aquel Carlos de León cuyo nombre aún no había resonado en los oídos indiferentes de la muchacha y que dentro de un momento iba a introducirse violentamente en su vida. Una cuñía empujada por la Providencia a golpe de martillo. Cruzaba rápidamente este pensamiento por el activo cerebro de Adelaida Fajardo, cuando un canto lejano que se acercaba gradualmente vino a distraer su atención.

—Es mi hija, que sale de la escuela. Siempre canta—explicó la madre.—Tiene un genio muy vivo y muy alegre.

La Marquesa miró vivamente a través del cristal. Enfrente de la casa y a la otra parte de la carretera, había un cerrillo coronado por una

torre derruida; restos de un castillo acaso. Y por detrás de aquella torre comenzó a despararrarse como un blanco rebaño de ovejas el escuadrón infantil de criaturas de ambos sexos, vestidas ellas en blanco y ellos con los clásicos delantales de azul y blanco, cantando todos una tonadilla alegre cuyas estrofas a solo ayudaba la maestra con su voz educada y vibrante de contralto. Ya en la carretera, el escuadrón se detuvo.

—Yo lo sabéis. La fábula bien sabida y cuidado con estudiar de rutina como los "loros", ¿eh?, que luego la preguntaré en prosa, y a ver esos problemas cómo vienen.

La grey que sólo parecía aguardar este ultimátum, se dispersó dando saltos y gritos, y la figura de la maestra emergió entonces enérgicamente siluetada dentro de la austeridad de su trajecito sastre azul marino, sobre la blancura del camino, y el gris claro de las peñas del cerro. La "madrinita buena" contemplóla ávidamente, con una singular emoción que no fué dueña de dominar. Aquella era la criatura en cuyas manos desconocidas, la voluntad de un muerto iba a poner la dicha de Carlos de León, el honor de su nombre y el porvenir de una familia. ¿Respondería a tan alta misión? Y aquella era también a la vez, la criatura a quien, como a la Bella Durmiente del Bosque, iban a despertar de su tranquilo sueño de trabajo fecundo, de conformidad con su suerte y de anhelos humildes para lanzarla al vórtice de las grandezas humanas y los placeres mundanos. ¿Lloraría alguna vez la paz perdida, la casita humilde, los sueños ingenuos? Adelaida Fajardo, se sintió sacudida por un ligero estremecimiento. Aquello que iba a hacer Lledó, cumpliendo la última voluntad del marqués de Figuerola, ¿era cumplir el destino o forzarlo?

La puerta se abrió y bajo su dintel quedó indecisa y sorprendida una muchacha alta, esbelta y fina. El vientecillo marino que entraba por la puerta le levantaba, alborotándola, la rizada melenita de un castaño obscuro. Sus grandes ojos negros, inteligentes, magníficos, evocadores de la raza árabe, se detuvieron interrogantes y un poco intimidados yendo en graciosa vacilación desde la figura menuda y atrayente

de Adelaida Fajardo, a la silueta grave y señorial del leguleyo. Salvo la boca, muy linda y bien dibujada, y aquellos ojos verdaderamente maravillosos, el resto de la fisonomía de la maestra era de una vulgaridad corriente. Un poco pálida, sobre la porcelana de su tez se dibujaba dulcemente la tierna curva roja de los labios jóvenes. Para Adelaida Fajardo, acostumbrada a las muchachas masculinizadas del ambiente moderno, esta aparición fresca y candorosa fué de una encantadora novedad. La madre se levantó secundando el movimiento hecho por la Marquesa y por el abogado. Hizo como un ademán inconsciente para presentar a los forasteros y se detuvo al momento mirándoles un tanto desconcertada.

—Hemos abusado de la amabilidad de usted señora — murmuró el letrado con perfecta cortesía — imponiéndole durante un rato nuestra compañía sin darnos a conocer. Sírvase usted admitir nuestras excusas y nuestra presentación, todo a un tiempo; la señora marquesa de Fajardo, y un servidor de ustedes, Ramón Lledó, encargado de llevar a cabo, cerca de ustedes, una delicada comisión de parte de don Carlos Luis Ignacio de León, marqués de Figuerola y Conde de...

Doña Carmen se demostró una vez más como mujer de mucho mundo, al no desconcertarse lo más mínimo bajo este aluvión de títulos y apellidos rimbombantes. La muchacha, en cambio, se inclinó completamente turbada ante los dos visitantes y apenas contestó al apretón de manos que Adelaida Fajardo empleó como saludo.

—¿Ha dicho usted Carlos Luis Ignacio? — preguntó pausadamente doña Carmen. — Yo creía recordar que el marqués de Figuerola se llamaba...

—Se llamaba Manuel efectivamente—afirmó el abogado;—pero el marqués de Figuerola murió hace unos meses y su sobrino, el actual Marqués, se llama Carlos Luis Ignacio. Carlitos León, como le llamamos generalmente.

—Bueno, bien. Sí. ¿Pero no ha dicho usted que traía cerca de nosotros una comisión de su parte?—preguntó doña Carmen con voz

en la que la fina percepción de Adelaida Fajardo notó cierta nerviosidad.

—Es cierto, señora; una delicada comisión...

Lledó, pese a su práctica de bufete, se sentía un poco turbado. Los ojos claros, francos, ingenuos e interrogantes de aquellas dos mujeres, fijos en él, tenían el don de impresionarle extrañamente. La maestría, al verle detenerse, creyó, acaso con su buena fe de chica educada a la antigua usanza, que debía retirarse porque su presencia cohibía sin duda a aquel señor tan estirado y solemne que, por lo visto, quería hablar reservadamente con su madre y por cortesía no se atrevía a decirle a ella que se marchase; y se levantó muy decidida, dirigiéndose a la puerta mientras hilvanaba una excusa.

—No, señorita, por Dios no se marche usted—detúvola vivamente la Marquesa.

—¿Qué... que no me marche yo?—murmuró la muchacha deteniéndose bajo una ola violenta de rubor que le encendió el rostro.

—Ciertamente, señorita — dijo Lledó, afirmándose los lentes sobre el caballete de su nariz;—precisamente es a usted, a usted sola, con permiso de su señora madre, a quien debo transmitir el encargo de Carlitos León... es decir, del actual marqués de Figuerola.

Completamente desconcertada y aturdida, la muchacha miró con cierta angustia en torno suyo; parecía que le faltaba aire bastante para respirar. Cuando la madre aun no había sospechado la verdad, ya tenía ella como una intuición de algo definitivo que llegaba a su vida envuelto en el eco de un nombre desconcido; Carlitos León. Adelaida Fajardo la cogió vivamente de un brazo y la hizo sentar en una silla junto a ella, mientras hacía callar a Lledó con un gesto. Había que dar tiempo a que la joven se repusiera y recobrará toda su lucidez de espíritu.

—¿Cómo se llama usted señorita?—preguntó a boca de jarro.

—María... María Riverdal — contestó la muchacha volviendo en sí.

—Es un nombre muy bonito cuando se lleva bien—dijo lentamente la Marquesa.

La maestra la miró un momento comprensiva y luego sonrió ampliamente, como si la cita de un autor querido en boca de la nueva amiga fuese un lazo espiritual de unión.

—Bueno, ya veo que ha leído usted a Octavio Feuillet y "Una boda en el gran mundo". Supongo que le habrá gustado a usted, como a mí, ¿no?—se echó a reír francamente Adelaida Fajardo.

—Mucho, sí, señora.

Y María Riverdal rió a su vez ampliamente.

—De todas maneras... Espero que no la llamarán a usted Mary ni Marujón, ni siquiera Mariquita, ¿eh?

—¡Ah, no; no, señora! Siempre me han llamado María, simple y claramente, con sus cinco letras.

—Bien, bien. Es muy de celebrar que tenga usted el buen gusto de llamarse como las personas, en estos tiempos en que las personas se llaman como los animales y viceversa. ¿Se ríe usted? Lo celebro mucho, porque le sienta a usted muy bien la risa; pero lo que le digo a usted es el Evangelio. Conozco un mono al que llaman Gaspar y una perra a la que llaman Vicenta, y en cambio a mi sobrino Juan le llaman Tití, y a Pepe Salamanca, Pocholo, y Chicha a Josefina Huete... Absurdo, ¿eh?

La maestría reía con una risa tan clara y tan juvenil, que la astuta Marquesa no dudó, ni por un momento, que había logrado tranquilizarla completamente. Miró con rapidez al retrato y le invitó a hablar con esta frase:

—¡Ay, perdone usted, Lledó! Le estoy robando el tiempo y tiene usted que hablar mucho todavía...

Lledó se incorporó levemente en su asiento y tornó a afirmar los rebeldes quevedos sobre su nariz.

—Con el permiso de ustedes continuaré exponiendo mi comisión...

(Continuará)

EPILOGO**La Iglesia y lo por venir**

De *El Cristianismo y los Tiempos Presentes*.  
Por Monseñor Bougaud, Obispo de Laval.

En el momento de poner fin a esta nueva Apología, suscítase una cuestión última, que exige que se discuta con resolución, y, si es posible, que se la resuelva con claridad. Sin ello, este libro no llenaría del todo su título de **El Cristianismo y los tiempos presentes**. Es la cuestión de saber en qué se convertirá la Iglesia en medio de las transformaciones políticas y sociales que se realizan en la hora presente y que tan profundamente van a modificar lo por venir.

Hay que compadecer a los que no ven que, como un navío que leva sus anclas para penetrar en mares nuevos, la sociedad moderna abandona sus viejas riveras, y, arrastrada por el triple soplo de la libertad, de la ciencia y del progreso social, se precipita en lo desconocido. No falta quien llore ese levantamiento de áncoras y esa partida; otros lo aclaman; pero la sociedad no escucha ni a los unos ni a los otros, sino que marcha adelante, y cada período de veinticinco años da un paso más en esa inmensa e irresistible transformación.

Pero mucho más hay que compadecer a los que se inquietan por la Iglesia; a los que se imaginan que no está en disposición de hacer frente a semejante crisis; a los que

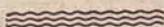
creen que, constituida la sociedad moderna sobre principios absolutamente opuestos a los suyos, se entra en un callejón sin salida, en el cual la Iglesia y la sociedad se gastarán en luchas estériles, de las cuales ambas saldrán debilitadas y agotadas. ¡Ciegos, que no ven que esa transformación ha sido preparada por la Iglesia; que es fruto, lentamente madurado, del Evangelio, consecuencia de la aplicación de los divinos principios a los asuntos sociales; que sin el Evangelio y la Iglesia viviríamos todavía sometidos a las monstruosidades del Estado pagano, y que únicamente la Iglesia es la que, tomando en sus brazos la sociedad, la ha introducido en el mundo agitado y glorioso de las libertades públicas, en el cual únicamente ella puede sostenerlo en la prosperidad, en el honor y en la paz! ¡Pero más ciegos todavía son los que no ven que Dios, habiendo querido esos frutos sociales del Evangelio, ha dispuesto a su Iglesia en armonía con ellos, y ha puesto en ella todos los recursos necesarios a este efecto; y que, especialmente hace ochenta años, la prepara discreta y potentemente para que aparezca en ese nuevo campo de batalla, en el cual va a

**SOLO****Jabón SAN LUIS**con su espuma menuda y **PERSISTENTE**, le dará a Ud.**BUEN RENDIMIENTO****EN EL LAVADO  
DE SU ROPA**

**Agustín Castro & Cía.**  
**Jabonería PALMERA**

entrar más fuerte, más joven, más fecunda, mejor armada que nunca, segura de lo presente, dueña de lo porvenir! ¿Por qué decís en vuestras horas de abatimiento, hombres de poca fe, que el Cristianismo se hunde? ¿A qué hablar de escrúpulos, a qué evocar la idea del fin del mundo como único medio de sacar a la Iglesia del atolladero en que la creéis comprometida? ¡Ah, cuán poco conocéis la Iglesia! En cuanto a mí, lo que distingo en el horizonte no es un crepúsculo, sino algo así como la aurora de un día que amanece. Lo que siento, lo que respiro, no es el soplo

tibio, fatigado, de la tarde, sino la brisa embriagadora de la mañana. Dispuesta está la Iglesia, y las transformaciones políticas y sociales que empiezan, en vez de hallarla desprevenida y abatirla, van a revelar una vez más su fuerza y a ceñir con nueva aureola su frente esplendorosa. He aquí por donde yo quisiera terminar mi trabajo. Lo empecé en un momento de fe; quiero terminarlo con un grito de esperanza. Si, como Moisés, no debo ver el fin del desierto, ni entrar en la tierra de los futuros triunfos de la Iglesia, quiero, por lo menos, morir contemplándolos.



## Hacer la Felicidad

Para todos los novios del mundo el matrimonio es la meta de la felicidad. Formar el nido, amueblarlo si no lujosa, por lo menos confortablemente. Llenarlo de flores, de adornos y, sobre todo, de amor; mucho amor.

En los últimos tiempos del noviazgo la conversación gira invariablemente alrededor de ese tema. Y el tema es inagotable. Cada mueble, cada adorno, cada detalle es a su vez el tema de una larga conversación. Y los novios creen que en la consecución de todas esas encantadoras minucias está la meta de la felicidad.

Llega el casamiento. La casa ha sido puesta como se pensaba: cada mueble está en su sitio, cada adorno en su lugar... En suma: que la realidad ha respondido exactamente a la imaginación.

Si el secreto de la felicidad estuviera, como pensaban los novios, en la simple instalación del hogar, estaría en tal caso plenamente consolidada. ¿Lo está? No todas las veces, si nos atenemos a los resultados de la observación. ¡Cuántos nidos recién formados hay, en los que se advierte un desconsolador alboroto de plumas y también el frío de la indiferencia! Y es porque la posesión del hogar, de los muebles y adornos que lo decoran, de las flores y pájaros que lo alegran, no constituyen, ni mucho menos, el sustento del amor.

¿Qué buscan en el matrimonio los hom-

bres y las mujeres? Admitiendo que se trata aquí de una pareja unida por los vínculos del amor verdadero — y si no de ese, cuya esencia es más delicada y sutil de lo que se sospecha — del amor humano tal como la mayoría lo concibe, los novios buscan, en su unión, la realización plena de un sueño de total pertenencia mutua. Pero buscan también algo más. El hombre, la tenencia de una compañera que ponga en el inevitable desorden doméstico de su vida la influencia hacendosa de sus manos prolijas. La mujer, un sostén que la redima de la sujeción en que la ha tenido su soltería, en la que sintió gravitar sobre la suya la voluntad de sus padres, de sus hermanos, de la opinión pública y de los prejuicios sociales.

El tiempo pasa; el amor romántico se materializa un poco, y la vida hogareña sigue deslizándose y los hijos — si es que han llegado — crean nuevas y más concretas obligaciones. ¿Y qué ocurre aquí? Si los esposos no tienen una clara noción del papel que a cada uno corresponde desempeñar en el hogar, la felicidad de ambos queda, a corto plazo, seriamente comprometida.

Tal ocurre, por ejemplo, cuando, disminuido por la rutina el romanticismo del amor, la esposa pretende más que otra cosa usufructuar la libertad que su nuevo estado le concede, y consagra a paseos y visitas el tiempo que

debe destinar a las tareas hogareñas. Su marido, que como hemos visto buscó en el matrimonio la solución de su problema doméstico, no tardará en echar de menos la influencia de las manos hacendosas que había deseado para su hogar. Y aquí se presenta un motivo seguro para las primeras rencillas.

Otro tanto ocurre cuando el hombre pretende tener en su compañera solamente un ama de llaves que se ocupe de la dirección doméstica de la casa, sin tener jamás para ella las atenciones y delicadezas de que la hacía objeto cuando eran novios.

La desconsideración mutua crea la desinteligencia y da origen a la infelicidad. La vida del hogar termina así por convertirse en una carga penosa y desagradable, en lugar de ser, como debiera, un dulce sacerdocio compartido ¿No se ha dicho del hogar que debe ser el templo de la felicidad?

Para evitar este doloroso relajamiento del amor, marido y mujer deben ver en la misión que a cada uno concierne un trabajo, una ocupación habitual y necesaria que debe cumplir-

se con alegría y satisfacción. El hombre debe apreciar en todo lo que vale y significa como complemento de su esfuerzo la tarea que la esposa desempeña en el hogar y que no es menos importante que la de su estudio u oficina. Si la esposa no la cumpliera, se necesitaría la ayuda de manos mercenarias que cuestan mucho dinero. En cuanto a ella, debe a su vez hacerse cargo de la importancia de su misión y no postergarla para disfrutar de una libertad que, pese a sus deseos, no podrá nunca ser sino relativa, como todas las libertades

Elena Camper

## Antena

"Veo al mundo actual simbolizado perfectamente por esas niñas y señoras inconscientes que no faltan a misa el domingo y que sobre su provocadora desnudez llevan colgado de una cadenilla de oro un pequeño crucifijo, y que en verdad crucifican nueva e ignominiosamente a Cristo — a quien dicen amar — en esta constante provocación a la lascivia".

Mons. Gustavo J. Franceschi.

*para más vigor  
y energía*

*y para la  
lactancia*

*tome el sabroso*

**EXTRACTO de MALTA  
GAMBRINUS**

## Para que reparemos dignamente...

(Viene de la Página 1321).

Nuestro Señor. Mas aún dice San Cipriano que el sacrificio del Señor no se celebra con legítima santificación si nuestro sacrificio y oblación no corresponde a la pasión. Por lo que exhorta San Pablo que llevando continuamente la mortificación de Cristo en nuestro cuerpo, no sólo crucifiquemos nuestra carne con nuestros vicios y concupiscencias, huyendo la corrupción de la concupiscencia que reina en el mundo, sino que se manifieste en nosotros la vida de Cristo y participando de su sacerdocio eterno, ofrezcamos dones y sacrificios por los pecados, porque no solo los sacerdotes sino también todos los cristianos deben ofrecer dones y sacrificios por sí y por los pecados de todo el mundo. Y cuando más nuestra oblación y sacrificio se acercare al sacrificio de Cristo, cuanto más crucifiquemos nuestro amor propio y nuestras pasiones con aquella crucifixión de que habla el Apóstol, tanto más abundantes frutos de propiciación y de expiación para nosotros y para los demás percibiremos. Porque hay una admirable relación entre los fieles y Cristo, la relación que existe entre la cabeza y los miembros. Por lo que, como la consagración manifiesta y corrobora la unión con Cristo, así la expiación da principio a esta unión con borrar los pecados y la perfecciona participando de los dolores de Cristo y la consuma ofreciendo víctimas por sus hermanos. Por esto quiso el Corazón de Jesús, al manifestárenos con las insignias de su pasión y ostentando las llamas de amor, declararnos que por una parte viésemos la malicia infinita del pecado y por otra admirásemos la infinita caridad del Reparador y detestásemos el pecado y le anásemos con más ardiente caridad.

La reparación y el desagravio ha sido siempre inherente a la devoción del Sagrado Corazón como El mismo indicó, cuando dijo a Santa Margarita María de

Alacoque: "He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres y los ha llenado de todos los beneficios y que no sólo no ha hallado quién a su amor infinito diese las gracias, sino que ha recibido por el contrario olvido, negligencia, injurias inferidas a veces aun por aquellos que le debieran amor y gratitud".

¿Pero qué desagravios podemos ofrecer que puedan consolar a Cristo que reina feliz en el cielo? Dame una persona que ame y entenderá cuanto digo, dice San Agustín. Porque el que ama, recorre los tiempos pasados y ve en la meditación que Cristo por amor al hombre se abrasó en dolores, humillaciones, afrentas, desprecios y que nuestros pecados fueron la causa de su muerte y que estos pecados aún ahora serían capaces de causarle la muerte llena de dolores y penas, que antes le causaron.

Sí, pues, nuestros pecados que habíamos de cometer y fueron previstos por Cristo, le causaron tristeza de muerte en el huerto de Getsemaní ¿qué duda hay de que entonces recibió igualmente consuelo de nuestra prevista reparación y desagravios, de modo que quedase consolado su Corazón oprimido por la congoja y el tedio? Y así aquel Corazón sacratísimo que es continuamente herido por los pecados de los hombres ingratos, aún ahora de modo admirable pero verdadero, puede y debe ser consolado, tanto más que El, Cristo, por boca del Salmista, se queja de ser abandonado de sus amigos: "Mi Corazón esperó impropio y miseria y esperé quien me consolase y no lo hubo y quien me consolase y no lo hallé".

A esto se añade que la pasión expiatoria de Cristo se renueva y continúa en cierta manera y se completa en su cuerpo místico, la Iglesia. Porque, como dice San Agustín: Padeció Cristo lo que debía padecer; nada le falta para completar su pasión. Pero están completos los dolores y sufrimientos en la cabeza, falta que se completen en el cuerpo de Cristo. Lo que el mismo Cristo quisiera

declarar cuando apareciéndose a Saulo, todavía respirando deseos de amenazas y muerte contra los discípulos, le dijo: Yo soy Jesús a quien tu persigues, dándole claramente a entender que con las persecuciones movidas contra la Iglesia, se propugnaba y perseguía a la misma cabeza de la Iglesia. Con razón, pues Cristo, que todavía sufre en su cuerpo místico, desea que seamos sus compañeros de expiación, lo que pide igualmente nuestra unión con él; porque siendo cuerpo de Cristo y miembros de ese cuerpo, lo que sufre la cabeza, es ne-

cesario que lo sufran también los miembros.

Si esta expiación es de todos los tiempos, lo es de un modo especial de nuestros días en que los constituidos en dignidad se levantaron contra Cristo, y los fieles redimidos con la sangre de Cristo grandemente ignorantes en cosas de fe e imbuídos en doctrinas llenas de errores viven lejos de la casa paterna.

José O. Rossi

(De "El Mensajero del Corazón de Jesús en Centro América").



## El Apostolado entre los Obreros

Las actividades de la Acción Católica tienen un campo inmenso en la clase, ocupándose de ella con verdadera solicitud y ternura maternal, a ejemplo de la Santa Iglesia que así lo ha hecho en todos los tiempos, y lo hará hasta el fin de los siglos.

Y aquí cabe preguntar ¿por qué la Iglesia de Dios profesa a los Obreros singular predilección? La respuesta es muy sencilla: porque Ella, como nadie, para cumplir la altísima misión que le confiara su Divino Fundador Jesucristo, es consecuente con las enseñanzas del Santo Evangelio, y este sagrado libro nos enseña en cada una de sus páginas, que *el obrero, como todos los hombres que existen sobre la tierra, es hijo de Dios, está redimido con la sangre de Cristo, y por lo mismo, tiene derecho a la posesión del Reino de los Cielos, y que precisamente este es el fin único y necesario de su vida: poseer el Cielo eternamente, salvar su alma...* "de que le servirá al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma"...

La Santa Iglesia, pues, iluminada con los fulgores de la fe mira en cada obrero a un ser racional, digno, grande, tan grande como solamente lo es *un hijo de Dios*, y por lo mismo lo aprecia, lo ama.

Existen millares y millares de instituciones a las que la Santa Iglesia da vigor y vida, para que en el orden moral, intelectual y social tengan como fin principal ele-

var, ennoblecer, y en algunos casos hasta exaltar a las grandes dignidades de la tierra, a los obreros, libertándolos de la esclavitud, de la miseria, de la ignorancia, y de todas las desgracias y abyecciones en que se han precipitado ellos mismos, por su debilidad y flaqueza humana, o a donde los han arrojado sus semejantes, cuando estos no han sido iluminados con la luz del Santo Evangelio, no se han nutrido con la savia riquísima de la Religión Santa del Crucificado.

¿Cuántos genios, cuántos sabios y santos, cuántos hombres verdaderamente ilustres, han brotado de la clase obrera, debido al esmerado cultivo, al cuidado maternal, y al amor verdaderamente divino de la Esposa de Cristo, de nuestra Madre la Sta. Iglesia?...

La humanidad agradecida, ha tenido que confesar: *La Iglesia de Cristo, la Iglesia de Dios es la verdadera libertadora, y la verdadera Madre de todos los hombres; pero de una manera especialísima, hasta lo inefable, hasta lo sublime, la Iglesia Católica, Esposa Inmaculada del Cordero sin mancha, es la gloriosa libertadora y la Madre más tierna y cariñosa de la humilde y abatida, a la vez que heroica y noble clase obrera.*

Y no podía ser de otra manera, pues nadie como la Santa Iglesia conoce y ama con conocimiento y amor celestiales al *Dueño* y

*Señor de los que dominan, al Maestro y Redentor de la humanidad, al Divino Obrero de Nazareth, Jesucristo, Dios y hombre verdadero.*

Ahora bien, en nuestros días, el obrero está acechado por todos sus enemigos: el libertinaje, la ambición, el placer en todas sus formas, la suma ignorancia en materia religiosa. Y estos enemigos encuentran el campo propicio en el corazón del hombre por naturaleza inclinado al mal, seducido por el falso brillo del progreso material, así como por los sofismas de lo que pretende ser ciencia y no es sino charlatanería pedante y la más vergonzosa esclavitud de la inteligencia, que no puede volar libremente hasta conseguir su alimento propio, la verdad, sino que se engaña a sí misma, sacando algunas conclusiones de segundo orden, y eso incompletas y aún plagadas de mil errores.

Se quiere persuadir al obrero de que no hay Dios, y que por lo tanto, no hay alma,

sin virtud, ni santidad, ni cielo, ni infierno: la religión debe desterrarse del corazón humano: el hombre debe buscar su felicidad aquí en la tierra a manera de animal irracional...

Ante estas circunstancias tan lamentables, *es urgente que La Acción Católica se acerque una vez más, llena de la caridad de Cristo, a la Clase Obrera, y la ilustre con la ciencia divina del Santo Evangelio, y la consuele y anime con los recursos espirituales que posee la Religión Santa. Que sientan los obreros que Cristo, el Hijo de Dios, vive en el mundo, vive en la Iglesia, vive en las almas: que Cristo no dejará de vivir para dar la verdadera vida a los hombres y salvarlos; que Cristo no muere, no puede morir, porque Dios no muere.*

D. Martínez.

Misionero del Espíritu Santo.

## SECCION DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari, Profesora de Cocina graduada en Bruselas

**DULCE DE COCO.**—Se ralla un coco; se hace un almíbar con una libra de azúcar, medio vaso de agua y un poquito de vainillina (vainilla en polvo), se espuma bien y cuando pega en los dedos se agrega el coco y se deja cocinar a fuego muy lento, cuando está transparente se retira del fuego, se le agrega poco a poco y meneando constantemente dos yemas de huevo batidas y unos pedacitos de naranja cristalizados, se echa en una fuente, se deja enfriar y se sirve.

**ENSALADA DE PESCADO.**—En un platón se pone el contenido de un tarro de salmón rojo, antes se le escurre el aceite, al rededor se coloca el contenido de un tarrito de camarones secos, el contenido de una lata de atún escurrido; se corta en pedacitos y se pone al rededor de los camarones, se adorna con hojas de lechuga bien tiernos, sobre cada lechuga se ponen montoncitos de mayonesa bien espesa y al re-

dedor se adorna con tajadas de tomate.

**CARNE DE CERDO FRIA.**—Se muelen finamente dos libras de posta de cerdo, se condimentan con sal, pimienta y un poquito de nuezmoscada, esta carne se extiende en una servilleta o sobre un pedazo de manta mojada y torcida, encima se ponen rebanadas de jamón cocido, huevos duros en rueditas, pedacitos de aceitunas y unas tirritas de chile dulce pelado, se arrolla en forma de cilindro procurando que quede bien tallada, se amarran bien los extremos con un cáñamo y en el centro se le hace otra amarra y se echa en agua hirviendo con sal, laurel y tomillo y se deja cocinar dos horas. Se saca del agua y se deja envuelta hasta el día siguiente que se desenvuelve con mucho cuidado para no romperlo y con un cuchillo muy filoso se corta en ruedas que se colocan sobre ruedas de tomates colocadas sobre hojas de lechuga.

# Compendio de la Doctrina Cristiana

DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS derivanse tres consecuencias:

1ª La naturaleza humana en Jesucristo es adorable, porque es la humanidad del Hijo de Dios.

2ª Todas las acciones de Jesucristo tienen un valor infinito, porque son hechas por una persona divina: son las acciones de un Dios.

3ª La Virgen María es, realmente, *Madre Dios*, porque es Madre de Jesucristo, que es Dios.

**CONCLUSION**—El Hijo de Dios ha tomado la naturaleza humana, y, quedando Dios como su Padre, es hombre como nosotros, es uno de los hijos de la gran familia de Adán incorporado a nuestra raza. Este *Hombre-Dios* puede tratar con Dios, puede reparar los pecados de sus hermanos de adopción y rescatar la vida divina perdida.

De este modo, la vida espiritual de la gracia se le devuelve al género humano. *El Hombre-Dios*, el *Cristo*, el *nuevo Adán*, se convierte en Padre y Cabeza del linaje humano, en cuanto a la gracia y en cuanto a la gloria. "*Dios ha amado tanto al mundo, que le ha dado su Hijo único... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... Y vino para que tuviéramos vida, y una vida más abundante...*"

**RESULTADOS**.—De la Encarnación del Hijo de Dios resultan la confusión del demonio, el honor del hombre y la gloria de Dios.

1º *La confusión del demonio*, que, después de haber triunfado del primer hom-

bre, ve su imperio deshecho por el Mesías.

2º *El honor de la naturaleza humana*, que queda rehabilitada delante de Dios — reintegrada en sus derechos, — unida a la divinidad en la persona de Cristo, y, gracias a esta unión, adornada en El con todas las perfecciones divinas, colmada de todas las gracias que es capaz de recibir.

3º *La Gloria de Dios*, puesto que la Encarnación es una obra más admirable que la creación del universo. La Encarnación manifiesta de una manera más luminosa las perfecciones divinas, y nos recuerda la omnipotencia de Dios, su justicia y su misericordia. Además, como Jesucristo resume en sí todos los seres creados: el *mundo de los espíritus por su alma*, el mundo material por su cuerpo, ofrece a Dios, en nombre de la creación entera, homenajes de adoración, de agradecimiento y de amor, que son plenamente dignos de la majestad del Creador. Cada uno de estos homenajes es más agradable a Dios que todos los actos de virtud de los Angeles y de los Santos juntos.

## AGENDA 1942

Una Agenda práctica y elegante. Esta Agenda 1942 será la preferida por todos los hombres de negocios, oficinistas y amas de casa.

Mide 17 x 26 centímetros. Cada página alcanza para dos días.

Trac: EL SANTORAL - DÍAS FERIADOS  
MOVIMIENTOS DE LUNA  
PRONÓSTICO DE TIEMPO

y se completa además con los siguientes cuadros:

TARIFAS POSTALES - AEREO INTERNACIONAL  
PESAS Y MEDIDAS - ITINERARIO DE AVIONES  
CUADRO DE PAPEL SELLADO Y TIMBRE

Todo lo que necesita saber EL HOMBRE DE NEGOCIOS

Se ofrece en 3 presentaciones

- 1.—CARTONE, edición económica....€ 2 90
- 2.—PASTA de calidad.....€ 3 50
- 3.—DE LUJO.....€ 5 50

Pero las tres ediciones con el mejor papel para escribir

**LIBRERIA LEHMANN & CIA.**  
SAN JOSE

En la TIENDA de  
**CHEPE ESQUIVEL**

Avenida Central. Esquina opuesta de  
Mercado

encontrarán las COLEGIALES  
las mejores

**TELAS para UNIFORMES**

## CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER

Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos  
en sus servicios profesionales

**Rayos X**

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del  
Carmen

## CONSULTORIO OPTICO

**"RIVERA"**

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

## Observaciones de Mamá Isidora

Hablamos mucho, demasiado quizá, de los deberes de la mujer, de sus obligaciones en el matrimonio, de su conducta ante el hombre. Todo eso está muy bien; pero no debemos olvidar, o mejor dicho no debe olvidar el hombre, que ha de poner él también de su parte cuanto es menester para la felicidad del hogar. Porque la mujer es la mitad, y él constituye la otra mitad de ese todo que debiera ser la felicidad inacabable.

El hombre confía a menudo excesivamente en su viveza para engañar a la mujer. Lo que ocurre es que la mujer es paciente, tolerante y disimula muchas cosas, sin que esto signifique que no se dé perfecta cuenta de las "perfoances", triquiñuelas, galimatías y juegos malabares del esposo.

Todavía existen señores maridos que alegan mucho trabajo para faltar a la hora del almuerzo o para regresar a hora avanzada de la noche al hogar; que tienen "ineludibles compromisos" para acompañar al teatro o al cine a determinados caballeros

vinculados a los negocios; que contestan la cónica y estrafalariamente cuando los llaman por teléfono; que meten con vertiginosa rapidez en un bolsillo la carta recién llegada, diciendo que se trata de un asunto de la oficina, que, yendo con la esposa, saludan a una mujer en la calle, y aseguran que no saben de quién se trata, etcétera, etcétera.

Es conveniente que sepáis, distinguidos esposos, que las mujeres generalmente no nos chupamos el dedo, aunque nos hagamos las tontas.

## El Matrimonio

Quien quiera hacer que sus negocios prosperen, que consulte con su mujer.—Franklin.

La mujer casada es un esclavo al cual es preciso saber colocar sobre un trono.—Balzac.

El matrimonio es como la muerte; pocos llegan a él bien preparados.—Tommaseo.

## Joyería Müller

En esta acreditada joyería encontrará usted: los relojes de las mejores marcas, garantizados; los mejores regalos para bodas, cristalería finísima, objetos de arte. Juegos de cubiertos de plata. Y en joyería hay para los gustos más refinados.

Frente a la Plaza de la Artillería.

Teléfono 2397

## Novedades

donde

**MOYA**